

SALVADOR GINER: *Carta sobre la democracia*, Ariel, Barcelona, 1998.

TAHAR BEN JELLOUN: *El Islam explicado a nuestros hijos*, RBA Libros, Barcelona, 2002.

He recibido pocos premios en mi vida. Dos, si mi subconsciente no interviene. El primero, y durante la mayor parte de mi vida el único, uno de catecismo. Me he vuelto a acordar del «suceso» -en francés e italiano términos parecidos señalan «éxito»-, al leer en buena medida y entusiasmare por los dos libros que arriba indico. A simple vista puede parecer un atrevimiento reseñar dos libros que supuestamente deben de tener poco en común. Que resulta lo que los franceses designan como «mariage de la lievre et de la carpe», para indicar que se mezclan dos cosas muy diferentes. Sin embargo, ambos son animales un tanto montaraces, en principio bastorrones, pero a los que un buen cocinero puede sacarles mucho partido gastronómico y convertirse en sendos platos de una buena mesa.

Metáfora y parábola por medio, algo similar sucede con estos dos libros que me atrevo a ofrecer como exquisito manjar para muchos y diversos lectores. Los dos tienen el carácter común de acercarse bastante a un catecismo. Nos adoctrinan desde pretensiones de ortodoxia. Constituyen una clara explicación -en esto divergen del Ripalda y del Astete- en un caso del Islam y en el otro de la democracia.

Salvador Giner es un conocido cacique de la tribu sociológica a la que pertenecemos la mayoría de los colaboradores de Anduli. Sus libros han constituido un eficaz basamento para la docencia de la Sociología. Tahar Ben

Jelloun es uno de los más conocidos y reconocidos escritores magrebíes que se expresan en lengua francesa. Pertenecen más o menos a una misma generación identificada no sólo por la edad, sino por haberse visto afectada, como sujeto y como objeto, de parecidas convulsiones socio-históricas. Creo que ambos participan de expectativas de cambio como punto de partida y puntos de encuentros comunes. En los dos escritos hay proyecciones personales y son, entre otras cosas, y sobre todo, instrumentos pedagógicos.

El libro de Ben Jelloun, librito, como buen catecismo, nos despliega de un modo coherente y ordenado lo más esencial, quizás elemental, del islamismo. Lo realiza al socaire de los acontecimientos del 11 de septiembre, tan superdotados de protagonismo y efectos islámicos. Por este motivo es lógico que todo este catecismo aparezca sesgado por el tremendo suceso de las Twin Towers.

Como los catecismos clásicos, lo realiza a modo de un diálogo con lo que parece ser una ficticia hija. Una hija que comienza por preguntar si ella es árabe y si es musulman. De ser cierta la existencia de tal tipo de espécimen sociológico, debería ser, a su vez, objeto de reflexión al menos por determinadas élites de origen árabe. Pero esa es otra cuestión que no viene mucho a cuento en esta ocasión. Lo cierto es que no sólo esa su hija ignoraba el Islam, sino que el mismo autor ha tenido que recurrir a fuentes secundarias para enterarse de algunos de los conceptos elementales de la religión que forma parte de su cultura de origen.

A través del diálogo, Ben Jelloun pasa revista a los fundamentos del islamismo, como también a sus problemas, empezando por el que ha motivado

este librito: la violencia justificada por ideas religiosas. Pero esta inquietud que él rechaza abundantemente, a pesar de lo reducido del trabajo, basándose en el espíritu y en la letra del Corán, da pie a que pase revista a un nutrido catálogo de temas polémicos dentro y fuera del islamismo. Tal es el caso de la condición femenina entre los seguidores de Mahoma, cuya suegra, nos dice, fue una activa comerciante que jugó un primordial protagonismo en la propulsión del nuevo credo y de su profeta y yerno.

La pretensión de Ben Jelloun no sólo es la de introducimos en menos de cien páginas en el conocimiento de una de las principales religiones del mundo actual, objetivo que logra hábilmente, sino también la de ofrecernos de un modo explicativo lo que considera ortodoxia del Islam, así como criticar sus desviaciones. En este último caso parece como si el autor asumiera su condición de mahometano y, a su vez, la de virtual luterano.

Es precisamente en este aspecto, en el que a nosotros -sus lectores- nos pueden surgir ciertas dudas. Quizá se trate del Islam que debería ser, pero no el que actualmente es, el aceptado y practicado mayoritariamente. ¿Quiénes son los ortodoxos: Ben Jelloun y sus pares; o éstos son mas bien los heterodoxos? Puede ser que el Islam haya adoptado en épocas históricas lo que nos describe, pero no parece que así sea en el momento presente, al menos generalmente, y sobre todo si excluimos de esa comunidad islámica a los grupos que hace profesión de fe laica (Al Fatah, Baas, élites intelectuales magrebíes o egipcias, etc...)

En cualquier caso, mas allá del carácter informativo-formativo sobre un tema

del que se habla mucho pero se conoce poco y que cada vez nos resulta más próximo, aparece la reivindicación de un Islam que no participa de los rasgos negativos que le atribuye el estereotipo dominante en Occidente y que, al menos, es rechazado por uno de sus más prominentes intelectuales, a su vez representante de las emergentes élites modernizantes, y que posiblemente opinen del mismo modo muchos, minoría o no, de los seguidores de la fe profetizada por Mahoma.

En cuanto al otro catecismo, éste -más próximo objetiva y subjetivamente- parte de una intención inicial pareja a la del anterior: formar e informar presuntos y prospectos demócratas. Los españoles hemos accedido a la democracia merced a un accidente histórico. De continuar vivo el esperpéntico dictador, es posible que Giner no hubiera tenido la ocasión de ofrecernos esta «carta». Aunque no se puede negar que los cambios estructurales sociales, económicos y culturales contradecían la persistencia de anacronismos, todavía contaba el «régimen» con cuerda para rato. Además, como Giner recalca, la democracia no sólo consiste en la adopción de determinadas formas en el aparato gubernamental, como tampoco en su sostenimiento, reproducción o funcionamiento, sino que también comprenden un modo de ser, actuar, de participar y alimentar; lo que no puede menos que calificarse como una cultura.

Giner se inquieta también por la dudas y vacilaciones que afectan a todo el conjunto de cobijados por la democracia, procurando, creo que logrando -lo digo y escribo sinceramente- dando las respuestas con meridiana claridad e igualmente ajustándose a los auténticos principios del mas ortodoxo proce-

der democrático. Temas como la corrupción, las desviaciones de poder, el polizonaje social, el pago del sistema, los ámbitos de lo privado y de lo público, quién, cómo y por qué mandan los políticos, etc... y, por supuesto, qué es la democracia y en qué principios morales se fundamenta. Todo ello como en el caso del autor anterior, en un lenguaje sencillo, que no ahorra profundidad conceptual, e inserto en el marco de una elaboración intelectual rodeada de ejemplos propios y ajenos.

Se trata de un magnífico ejercicio pedagógico, no sólo en una parcela de un conocimiento del que carecíamos buena parte de los españoles, sino que también de una práctica que lógicamente no habíamos, posiblemente aún no hemos, adquirido. Por otro lado, convence, a quien no lo esté, de las excelencias del sistema democrático. En resumen: no puedo asegurar que

sea la mejor, pero sí que nos encontramos ante una de las más perfectas lecciones del profesor Giner, y también creo que es una de las más beneficiosas. Pensemos que en el apéndice del catecismo que originó mi premio se podían leer frases como las siguientes:

- ¿Qué pecado comete quien lee periódicos liberales?
- Grave.
- ¿Qué podemos leer de tales periódicos?
- *Las cotizaciones de bolsa. Y siempre con cuidado.*

Fundamentalismo y perversión ideológica tan grave como las que pretenden desmontar Tahar Ben Jelloun o Salvador Giner, cada uno desde su perspectiva parcela didáctica y literaria.

Gracias a ambos.

(Juan Maestre Alfonso)

MARÍA ÁNGELES DURÁN: *La contribución del trabajo no remunerado a la economía española: alternativas metodológicas*, Instituto de la Mujer, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 2000.

En antiguas enciclopedias colegiales, a la revolución industrial también se la llama la época de los inventos, entre los que a menudo destacamos a la máquina de vapor o al telar mecánico, como ingenios que ilustran aquel cambio social, pero nos olvidamos de mencionar la distribución del reloj de bolsillo en la Suiza del XIX, cuyo uso se extiende después con tanta emergencia como el trabajo asalariado. Un inventor como Benjamin Franklin proclama que «el tiempo es oro», y así la lógica del espí-

ritu luterano se regula masivamente mediante un estricto horario y calendario. Cuando la ciencia se orienta al rendimiento laboral, se pone en marcha el tic-tac del cronómetro como instrumento económico: la fábrica taylorista es una gran máquina de relojería. Por eso la clase trabajadora siempre ha luchado contra el tiempo: reducción de jornada, vacaciones, jubilaciones, absentismos... Y dentro del hogar, la mujer trabajadora también lucha contra su jornada laboral, que además es un tiempo de trabajo no remunerado. Como se sabe, el salario masculino es un fundamento del capital que surge gracias al no-salario femenino en el hogar. Por eso el salario doméstico es un contrafundamento del capital, una utopía que se alza con la postmodernidad.